

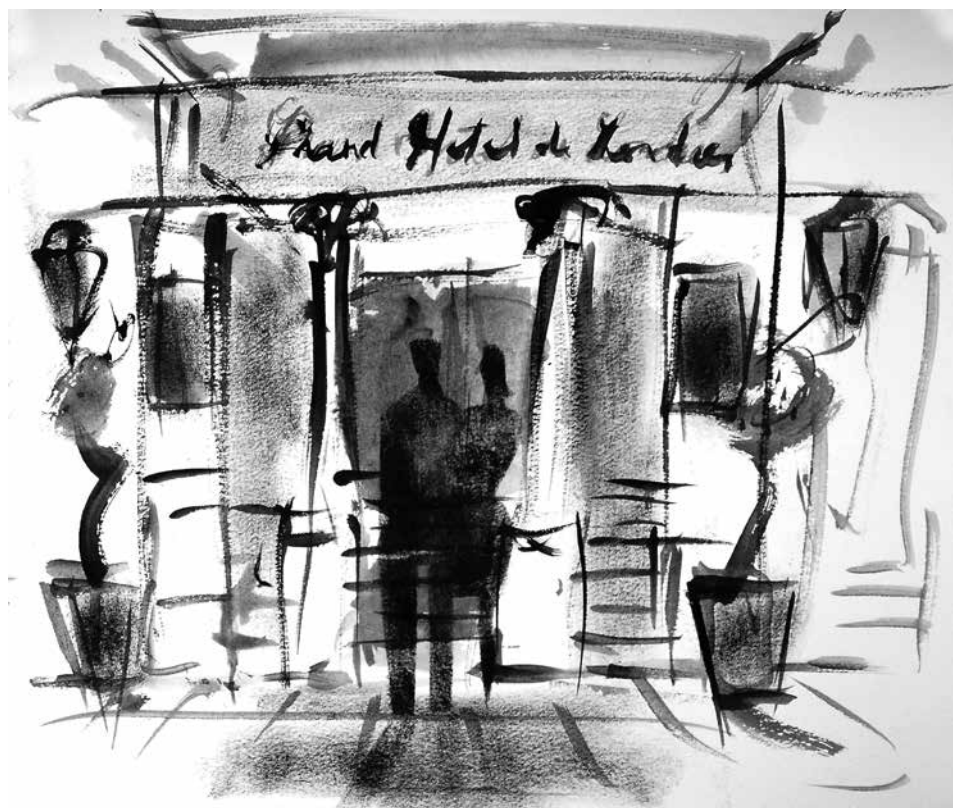
JAVIER MOURELO



Licenciado en Derecho por la UCM y Máster en Dirección de Recursos Humanos y Advanced Management Programme por ESADE y Wharton. Además, ha estudiado Psicología y Grafología. Actualmente es el Director de Personas y Talento en Kreab y anteriormente fue director de Desarrollo de RRHH en Clifford Chance. Asimismo, ha trabajado como abogado en su propio despacho, en la dirección de RRHH de Iberphone/Relevision y como consultor freelance de Capital Humano.

Es miembro del Consejo Académico de FIDE, donde dirige el Foro de Management Jurídico y es profesor de Dirección de Personas en diversas instituciones de prestigio como Universidad de Navarra, Centro Garrigues, IE, CEU, ESADE e IEB.

Además de escribir, algunas de sus aficiones principales son la gastronomía, el piragüismo, estudiar idiomas y viajar con su hija Carmen siguiendo al Real Madrid.



LUNA LLENA EN BEYOGLU

Natalia era una burguesita caprichosa a punto de cumplir los cuarenta que, cuando quería, era dulce y hasta cariñosa. Llevaba ocho años casada con Pedro, un cuarentón plano, soso y familiar con cara de concejal, aunque en realidad era químico y trabajaba en una farmacéutica austriaca. Ella era una mujer muy atractiva de piel morena, labios carnosos, ojos negros y mirada coqueta, con una mirada que siempre sostenía una décima de segundo más que el resto de los mortales. A su edad, mantenía unas caderas provocativas y unas piernas perfectas. Poco después de tener a su segundo hijo se había operado el pecho. Se resistía a que el paso del tiempo se notara en su físico e invertía tiempo y dinero en cremas, tratamientos y masajes.

Trabajaba en uno de los mayores bancos europeos, de capital holandés, como responsable de Desarrollo de Negocio y, en aquel momento, tenía encomendada la organización de la convención anual del banco en España, que en aquella ocasión era muy especial, al conmemorar los primeros 25 años de presencia en España.

Después de mucho investigar, Natalia había preseleccionado tres agencias de organización de eventos como posibles proveedoras en el sarao. Acudirían algunos jefazos rubios y altos con apellido «Van der...», pero, sobre todo, el fiestón sería para los locales. La recesión ya era historia y 25 años no se cumplían todos los días.

Una de esas agencias era *Luna Llena Events and Entertainment*. A Natalia enseguida le enganchó el carácter rompedor y revolucionario de la agencia. Los colores y la música de su web corporativa o la mezcla de diseño y emociones en cada propuesta profesional, eso que ella un día llamó, sin demasiado rigor, «feromonas emocionales». Seguro que todo aquello le habría parecido una chorrada hace no muchos años, pero en ese momento, no: «la gente cambia, evoluciona», solía decir.

Xurxo, el dueño de la agencia tenía 36 años, pero podría pasar por un hombre de casi 40. Su pelo era castaño y ondulado, casi rubio en verano y casi negro en invierno. Sus antiguas novias decían que sus ojos eran «verde miel», aunque él no sabía muy bien qué era eso. Medía 1,85 y tenía un torso fuerte y provocativo.

Había nacido en Vigo, pero a los 20 años había decidido poner rumbo a la meseta para terminar los dos últimos cursos de Ciencias de la Información. Aunque llevaba ya muchos años en Madrid, le seguían sorprendiendo aquellos días fríos y soleados de final del invierno. Desde su minúsculo balcón, sacando medio cuerpo y girando la cabeza hacia la izquierda, podía ver a lo lejos la bruma del estanque del Retiro perdiéndose en el viento.

La primera reunión entre Natalia y Xurxo se desarrolló en la sede del banco. Allí se citaron, junto a ellos, Quica —compañera de Natalia— y Marc —colaborador de Xurxo—. Natalia les sonrió, tendió la mano y les hizo pasar amablemente. Cuando se entregaron las tarjetas de rigor, ella preguntó:

—Surso (sic). ¿Este nombre es catalán?

—Xurxo, Xurxo Loureiro. El nombre es gallego y la «x» en gallego se pronuncia como la «sh» en inglés. Xurxo significa Jorge —respondió con una sonrisa complaciente.

—El catalán soy yo, Marc Campuzano —intervino su compañero para recordar que también estaba allí—. De Premià de Mar, por cierto, un lugar estupendo para este tipo de eventos —añadió llevando la conversación al terreno que les había traído hasta allí.

Ahora comenzaba lo serio, Natalia puso las manos en la mesa y Xurxo abrió el cuaderno que había traído como único apoyo.

—Como os comenté por teléfono el otro día, queremos organizar un evento de dos días para premiar a nuestra gente y celebrar los 25 años de nuestra entidad en España. En este tiempo hemos comenzado siendo muy pequeñitos y hemos podido crecer y competir con los más grandes. Por supuesto, la crisis también nos ha afectado a nosotros, pero queremos reconocer el trabajo bien hecho, hacer un alto en el camino y disfrutar un fin de semana antes de seguir trabajando como máquinas —dijo Natalia de carrerilla—. Acudirán todos nuestros empleados de Madrid y Barcelona, unos cuatrocientos, y queremos que se sientan como los auténticos protagonistas.

—¿Tenéis decidida ya la localización? —inquirió Xurxo.

—No, lo único que tenemos muy claro es que debe ser los días 16 y 17 de julio, sábado y domingo, y que no queremos ni Madrid ni Barcelona, así que estamos abiertas a vuestras sugerencias.

Xurxo notó entonces que aquella mujer que parecía tan segura, tan imperturbable, se ponía un poquito nerviosa y movía de prisa el lápiz entre sus dedos índice y corazón. Hizo como si no se hubiera dado cuenta, bebió y dijo mirando a Natalia:

—Os vamos a presentar algo que no podréis rechazar. Atrevido, pero elegante; distinto a todo, brillante y que vuestra gente no olvidará.

—Recordad que estamos viendo a otras dos agencias y que, además del contenido, el precio es fundamental en estos tiempos —quiso añadir Quica con cierta dosis de acritud—. Además —continuó con su rollo corporativo—, es muy importante que vuestras acciones reflejen nuestra cultura y nuestros valores, esos que nos hacen distintos a cualquier otro banco, bla, bla, bla.

Xurxo sonrió mientras miraba, por este orden, a Quica, Natalia y Marc, quien se apresuraba a sacar una carpeta fuxia que incluía cada uno de los valores corporativos de la entidad sacados de su web. Marc disfrutaba ahora de sus segundos de gloria, se había aprendido de memoria toda esta hojarasca y exponía una retahíla de posibilidades, muy del gusto de Quica, que comenzaba a ver menos amanerado y más profesional al Sr. Campuzano.

Al salir, Xurxo detuvo su mirada en la tarjeta corporativa de Natalia. Su apellido, Vela, le resultaba familiar.

Durante dos días y buena parte de sus noches, exprimieron su imaginación pensando en distintas alternativas: Xurxo aún pensaba con papel y lápiz, siempre un *staedtler* con olor a madera y barniz. De Marc, sin embargo, podría decirse que ya no se acordaba de escribir a mano.

El jueves por la noche la oficina era un caos, con restos de pizzas, latas vacías de *red bull* y papeles arrugados por el suelo, pero la propuesta estaba ya acabada, a falta de algún retoque formal.

El viernes a las 10 estaban citados en las oficinas centrales del banco, en la misma sala luminosa y con vistas. Xurxo llegó contento y con la camisa por encima del pantalón, como casi siempre. A Natalia le volvía a intrigar esa mezcla de aliño y desaliño que podía parecer cuidadosamente pensada. Nada más lejos de la realidad.

Las «banqueras» estaban expectantes y Marc, algo más tranquilo tras su ingesta masiva de valeriana, entregó un dossier a Natalia y otro a Quica y comenzó a pasar *slides* de la brillante presentación en su Mac. El plato fuerte llegó cuando anunció la sede del posible evento: ¡Estambul! Lo nuevo y lo viejo, oriente y occidente, lo cercano y lo lejano a la vez. Los colores intensos, los olores y las sensaciones más potentes.

—Estambul... Estuve hace mil años, en viaje de estudios. Sería estupendo, debe de haber cambiado muchísimo aquello, pero tenemos que ver los costes —señaló Natalia—. En el contexto actual tampoco podemos pasarnos. Y, además, no sé si es demasiado lejos y demasiado arriesgado para nuestra gente.

Durante casi dos horas más de tiras y aflojas desgranaron los detalles de *Project AtaTurk*, ante la atenta mirada de sus interlocutoras y Natalia resolvió que elevarían la propuesta al Comité de Dirección del banco la semana posterior.

Esa misma noche el cuñado de Natalia celebraba su 40 cumpleaños. Estaban invitados Pedro, ella y unos cuarenta amigos más. Recordando viejos buenos tiempos, habían cerrado «Nueva Visión», un garito añejo en Malasaña.

A las dos de la mañana Natalia ya no podía con su alma y miraba con insistencia su reloj. Pedro no había sucumbido a la moda del *gin tonic* con pepino, copas de balón y tónicas *premium* y seguía fiel al *Larios Cola* que tantos dolores de cabeza dio a su generación. Llevaba ya varios de más, pero ni el alcohol podía modificar su concepción «Natalia-centrista» de la vida.

—Natalia: sólo un par de canciones y nos vamos.

—Que sea una.

A pesar de los reproches por tan temprana deserción, Pedro y Natalia abrieron el portón del bar en busca de un taxi que los condujera a casa.

—¿Qué tal lo has pasado, Nat? Nat, que ¿qué tal lo has pasado? Ha estado bien, ¿no?

Pero Natalia tenía puestos los cinco sentidos en una pareja que se alejaba por la otra acera de la calle Madera. Una atractiva veinteañera de culito respingón acariciaba traviesa la entrepierna de su amigo, un hombre «fuertote» con chaqueta de ante que se tambaleaba sonriente entre los bolardos de metal y que Natalia creyó reconocer.

Pedro tuvo que elevar el tono de voz para avisar a su mujer de que el taxi esperaba con la puerta abierta. Se montaron y Natalia intentó confirmar por el retrovisor la identidad de aquel hombre que sonreía feliz. Pero no pudo ser: el taxista viró por la calle San Andrés y perdió el rastro de aquella pareja. En el asiento de atrás los pasajeros viajaban por rutas diferentes: Pedro sudaba ginebra mientras su querida esposa seguía dando vueltas a si aquel tipo era su proveedor de servicios profesionales.

Al llegar a casa, el conductor señaló con un palillo el taxímetro y Pedro pagó enseguida sin dejar propina.

Aquella noche, a ella le costó conciliar el sueño. Estaba cansada, pero no dejó de dar vueltas y vueltas en la cama. Pedro durmió como un bebé y no dejó de roncar, como siempre.

El lunes por la tarde Natalia se reunió con su jefe para explicarle la propuesta de llevar el evento conmemorativo de los 25 años a Estambul. Al principio parecía que no obtendría su aprobación, pero después de muchos argumentos y muchos números por fin le oyó decir algo así como «en fin, si te hemos elegido a ti para que decidas el sitio, ahora no tendría sentido que no nos fíemos de tu criterio.

Espero que todo salga bien, porque si no, tú y yo tendremos un problema».

Al volver a su mesa envió un email a Xurxo:

De: natalia.vela@....com

A: xurxo.loureiro@....com

«Estimado Xurxo:

Quería confirmarte que el Comité de Dirección del banco ha aceptado vuestra propuesta en términos generales, aunque aún debemos perfilar un par de temas concretos, como las actividades del segundo día y la organización de los vuelos, de modo que los hagamos lo más escalonados posibles para cumplir con nuestro «continuity plan» (este plan es la manera eufemística de decir que no podemos viajar todos en el mismo vuelo, por si hay un accidente: cuanto más nos dispersemos en vuelos diferentes, mejor).

¿Puedes venir mañana o pasado y cerramos todos los detalles?

Saludos,

Natalia»

Xurxo recibió el email en su maltrecho *iPad* lleno de arañazos y enseguida llamó a Marc para celebrar la noticia. Pasadas dos horas, contestó el email de Natalia: no quería dar la sensación de que *Luna Llena* estaba mano sobre mano:

De: xurxo.loureiro@....com

A: natalia.vela@....com

«Estimada Natalia:

Muchas gracias por el email y por la confirmación de que os llevaremos el evento. Estoy seguro de que será todo un éxito y de que todo el mundo en tu banco quedará encantadísimo. A partir de ahora a Marc y a mí nos queda mucho trabajo, que haremos encantados y, de vez en cuando, os tendremos que dar la lata. Mañana no voy a poder ir a tu oficina, estamos fuera de Madrid,

pero pasado mañana no tengo ninguna reunión a la vista. Si no me dices otra cosa, nos pasamos por allí el miércoles a las 10:00.

Muchas gracias de nuevo.

Xurxo».

Ese miércoles, a la hora convenida, Marc y Xurxo estaban sentados esperando la llegada de Quica y Natalia a la sala de reuniones. «Hoy no hay cruasanes, espero que no sea una premonición», pensó Marc. Cuando llegaron, se saludaron todos con más confianza que otras veces y Natalia trató de recordar la marca de perfume que traía hoy Xurxo.

—Por cierto, me pareció verte el viernes por la noche en Malasaña.

Los seis ojos restantes se posaron en ella. Xurxo la miró suavemente, tratando de recordar qué había hecho ese día; Quica la miró como se mira a un extraterrestre y pensó, sin decir nada, «¿Malasaña?, no lo puedo creer. Natalia ha perdido el norte» y Marc, pues Marc tuvo pensamientos encontrados, todos en una décima de segundo.

—¿El viernes?, no, no creo que fuera yo —contestó con cierta vergüenza al pensar que ahora otros seis ojos se pararían en él—. Me quedé en casa, una noche de lo más sosa, viendo fútbol y leyendo a Auster. A las 11 ya estaba en cama.

Sin saber muy bien por qué, Natalia se relajó. Algo en aquellas palabras le tranquilizó y le quitó un peso de encima. Suspiró, ordenó los papeles que traía y dio comienzo a la parte importante de la reunión, que duró poco más de unas hora.

Al día siguiente, Marc envió, en distintos formatos, el flujograma y los deberes acordados para cada una de las semanas que restaban para el evento. En el plan de actuación se incluía un viaje a Estambul en abril y otro posible en mayo.

Para no incurrir en más gastos de los necesarios, quedaron en que a este primer viaje, por parte de *Luna Llena*, iría únicamente Xurxo. Quica también se habría quedado

encantada en Madrid, pero Natalia le convenció para que les acompañara.

El 5 de abril partían los tres en vuelo regular de Turkish Airlines Madrid-Estambul. Habían quedado muy prontito, a las 6:55 en los mostradores de facturación. Xurxo y Natalia llevaban una maleta pequeña cada uno, pero la maleta de Quica era demasiado grande como para subirla abordo, así que ella sí tuvo que facturar. El vuelo salía puntual, pero les dio tiempo a tomar un café y dar una vuelta por las pocas tiendas que ya estaban abiertas en la Terminal 4.

El viaje se les hizo muy corto. Quica no llegó a abrir *La chica del tren* y los periódicos de Xurxo quedaron vírgenes, encerrados en la malla del asiento delantero y compartiendo destino con la revista corporativa de Turkish, donde se anunciaban los productos de «venta a bordo», incluso la colonia de hombre cuyo nombre seguía sin recordar Natalia.

En el aeropuerto de Estambul les esperaba el contacto local, que les enseñaría todos los hoteles, centros de convenciones y demás posibles sedes de las distintas actividades del evento *25 Años*. De camino hacia el hotel donde pasarían la noche, visitaron una finca rústica ahora dedicada a bodas y fiestas de todo tipo y otro hotel de lujo en la zona de Besiktas rodeado de cipreses y cedros y con unas vistas excepcionales sobre el Bósforo.

A partir de las cinco de la tarde tenían más reuniones, ahora ya en Galatasaray. Tenían el tiempo justo para comer algo y dejar las maletas en su hotel, el Londres, antiguo refugio de espías, punto de encuentro de lo mejor y lo peor de Oriente y Occidente. A Xurxo le encantaba el salón decadente del hotel y aquellos sillones de terciopelo rojo que ya solo se veían en puticlubs berlineses y en rancieros hoteles británicos.

Cuando llegaron, a Quica y Natalia el hotel les pareció un poco cutre y es que es difícil cambiar las lentes con las que se ven siempre las cosas.

La tarde fue agotadora para todos. A las nueve, con frío y lluvia, volvieron después de ver otros tres posibles escenarios para las actividades del evento.

Al entrar en el *hall*, Xurxo, despeinado y con hondas ojeras, preguntó sin mucha fe si quedaban para cenar algo media hora después, tras una ducha sin duda reparadora.

A Natalia le pareció buena idea, pero Quica en ese momento ya no era persona y se le adelantó:

—Gracias, pero conmigo no contéis. Me he levantado hace 17 horas y voy a acostarme «en cero coma».

Natalia dudó si ir o no, pero le pareció extraño cenar a solas con Xurxo e hizo un gesto como de «otra vez será». Él no quiso insistir. También estaba agotado y un poco de soledad siempre viene bien.

Se duchó sin prisa y sin mojarse el pelo, como de costumbre. Estaba hambriento y dudó si pedir algo en el hotel o dar una vuelta por esta ciudad que le traía tantos recuerdos. Finalmente, la lluvia y el viento sobre las farolas le disuadieron de salir. Bajó al bar del hotel y recordó su primera visita, hace ya muchos años. Sonrió melancólico cuando se acordó del vaso de cristal tallado que se llevó de recuerdo y volvió a revivir, con dolor y nostalgia, lo que vino después.

Afortunadamente, el camarero interrumpió sus pensamientos y preguntó qué iba a tomar. Pidió una cerveza grande y dos sándwiches: si su memoria no le fallaba, las raciones en este hotel de entreguerras eran escasas.

Al cabo de un rato, justo cuando venían los sándwiches y una fuente con patatas fritas, apareció Natalia por sorpresa.

Tenía cara de cansada y el pelo despeinado, pero también el atractivo de las mujeres que se saben tantas veces deseadas, en el colegio y en la facultad; en el metro y en el ascensor de la oficina; en la cocina, de espaldas, y en la mesa de trabajo mordisqueando las patillas de sus gafas.

—Hola, Xurxo. Me empezaron a sonar las tripas y no quería despertar a los vecinos —dijo sin demasiada gracia.

El camarero pensó que uno de los sándwiches era para ella y lo colocó en su zona de la mesa. A continuación, el otro más cerca de él.

Xurxo sonrió y aprovechó para decir:

—¿Te había dicho que, como buen gallego, soy adivino y un poco meigo?

Él se zampó el sándwich enseguida y pidió un plato de cordero especiado con yogurt. Natalia comió despacito, en pequeños recortes, su *bikini*, pero dejó las patatas fritas de bolsa que adornaban el plato. Xurxo siempre había admirado a esas personas que sabían cortar hamburguesas, empanadas de hojaldre o quichés sin hacer un estropicio.

—Y, dime —preguntó Natalia—, ¿cómo conociste este hotel, porque mira que es rarito y anticuado?, no te pega nada.

—Cosas de la vida. Vine cuando era más joven, con una amiga, bueno, con una buena amiga. Discúlpame, pero si no te importa... preferiría no hablar de ello.

Cuando lo dijo, sin darse cuenta, miró hacia arriba con una sonrisa triste.

En aquel momento, el camarero del hotel posó una vieja cajita de caoba en la mesa. Dentro se encontraba la cuenta de la cena, en claro mensaje subliminal de que la hora de cerrar había llegado. Xurxo agradeció, sin decirlo, que le rescatara de sus recuerdos por segunda vez en tan poco tiempo.

—Natalia —cambió de tema—, mañana tendremos que decidir cuál de los sitios os seduce más para hacer el *off-site*. Lo ideal es reservar ya esta semana, para evitar que alguien se nos adelante.

Sin saber por qué, ella tenía una mezcla de sentimientos: tristeza, excitación, celos —otra vez—, deseos de compartir la noche con Xurxo. También algo de culpabilidad por todo ello.

Subiendo a las habitaciones, Natalia se imaginó que él paraba el ascensor y le estiraba los brazos contra la pared mientras la besaba, pero Xurxo sólo pensaba en dormir.

Bajaron ambos en la tercera planta y, al despedirse, él notó una mirada rara en ella. Por un momento pensó que le estaba insinuando algo, pero prefirió creer que se equivocaba de nuevo, como tantas otras veces en su vida.

Natalia entró en su habitación y tardó un buen rato en quitarse la ropa. Buscó su móvil y comprobó en *whatsapp* el contacto de Xurxo, que permanecía inactivo. Un buen rato después, dobló la braguita negra y se puso un camisón blanco con amplio escote. Xurxo dormía hacía ya tiempo, dentro de sus calzoncillos de rayas malva y blanco y con la ropa desordenada por el suelo. Mañana sería otro día.

«Mañana» llegó con el cielo despejado y los tres viajeros se encontraron en la cafetería del hotel antes de tomar el taxi que les llevaría al aeropuerto de Estambul. Aprovecharon el desayuno para decidir la localización definitiva del evento: todos estaban de acuerdo en que el lugar idóneo era el Palacio de Dolmabahçe, en Besiktas: quizá un poco opulento y recargado, pero grandioso, espectacular y con toda la Historia sobre sus espaldas.

Al llegar a Barajas, Xurxo llamó a Marc para explicarle cómo había ido todo. Natalia tenía muy pocas ganas de ir a trabajar, aunque lo dudó. Se imaginó la oficina, los emails sin leer y el atasco de vuelta a casa. Luego se imaginó a Pedro en casa llamándole «cariño» y suspiró pensando por qué no podría escaparse, al menos por unos días, del mundo. Pero se acordó también de sus hijos y decidió coger un taxi a casa, donde ya estarían merendando nocilla y haciendo los deberes de «cono».

Una semana después del viaje, Natalia recibió la llamada de Xurxo. Quería avisarle de que Estambul acababa de sufrir

dos terremotos. El segundo de ellos, de 5.9 en la escala de Richter, había ocasionado algunas víctimas y numerosos daños materiales. Todavía era muy pronto para saber si los escenarios elegidos para el evento habían sufrido los efectos de los temblores. En todo caso, pensó que lo mejor sería evaluar en primera persona y sobre el terreno los daños ocasionados para decidir si se podía mantener el programa previsto o era necesario buscar un nuevo lugar. Su idea era viajar enseguida, pero, por razones de seguridad, había que posponer la visita hasta el siete de mayo. Le sorprendió un poco cuando Natalia dijo que ella iría también. No lo creía en absoluto necesario, pero ya empezaba a conocerla algo más y prefería no contrariarla.

Al poco de aterrizar en el aeropuerto de Atatürk, se dirigieron directamente al Palacio de Dolmabahçe. Afortunadamente, pudieron comprobar que los daños allí no eran severos. Se despidieron de su contacto en Estambul y cogieron un taxi que les llevó, esta vez, al Hotel Barceló Topkapi.

Aquella tarde hicieron el amor coincidiendo con las dos últimas llamadas al rezo desde los minaretes cercanos.

Quedaban apenas diez semanas para el evento, que pasaron deprisa entre encuentros furtivos y algunos remordimientos incapaces de parar aquel *tsunami* de sentimientos y emociones tan nuevas —o tan viejas— para ambos.

El viernes, 15 de julio, volvieron a Estambul. Se acercaba el gran fin de semana, con la llegada de los 400 invitados al día siguiente para pasar 48 horas inolvidables a orillas del Bósforo. Se prometieron hablar exclusivamente de trabajo hasta resolver los muchos cabos sueltos.

Después, al anoecer Xurxo llevó a Natalia a 360Istanbul, uno de los restaurantes de moda con terraza panorámica y vistas a toda la ciudad, en la zona de Beyoglu, donde había reservado una mesa escondida y desde la que sólo se

oía, muy a lo lejos, el bramido confuso de los mercaderes de ojos negros.

Cuando terminaron de cenar, Natalia propuso tomar un *gin tonic* en otro lugar. Ella invitaba. Después de muchas dudas y noches sin dormir, había decidido dejar a Pedro y quería compartirlo esta noche con Xurxo. Le hablaría del amor y de la serendipia.

Salieron del local cogidos de la mano y sin rumbo fijo. A lo lejos se oían docenas de petardos que desorientaban a los vencedores.

—Me estaba acordando de la primera vez que vinimos a Estambul. Me dejaste intrigada aquella noche: no me llegaste a contar cómo habías conocido esa «pensión del peine otomana». Me dijiste algo de una amiga tuya, hace mil años, pero nada más.

Como en aquella ocasión, Xurxo miró al cielo. Los petardos cada vez sonaban más cerca y los gritos de los mercaderes parecían casi envolverles, ahora que el viernes se convertía en sábado.

—Conocí ese hotel con una chica preciosa, Laura se llamaba y se apellidaba Vela, igual que tú, casualidades de la vida. ¿Conoces el significado de la palabra serendipia? Yo lo aprendí ayer y no paro de darle vueltas.

Teníamos 23 años y acabábamos de terminar la carrera. Había sido mi amor platónico desde que la vi en la facultad. Tenía personalidad, creo que no era guapa, aunque a mí me parecía la chica más atractiva del campus. Tenía estilo, siempre iba con jerseys grandes y vaqueros gastados, pero era elegante y seductora.

Siempre estuvimos cerca de ser algo más que amigos, pero por unas razones o por otras, nunca llegaba a pasar nada.

Al principio del último curso ella comenzó a salir con un tipo bastante mayor, ya sabes, esa edad en la que a las mujeres os gustan los de treintaymuchos. Con algunos altibajos,

estuvieron juntos casi todo el año, hasta que él se cansó de ella a punto de comenzar los exámenes de junio.

Le prometí que si los dos aprobábamos todo le invitaría a un viaje exótico. Al final, ella suspendió una y yo dos, pero pensamos que había que hacer ese viaje en cualquier caso. Fuimos a una agencia de viajes y nos llevamos tres folletos con fotos y destinos maravillosos. Isla Margarita, Jamaica, Varadero... Al final del catálogo, en letra pequeña y fotos en blanco y negro, había una oferta para viajar a Estambul. Cuatro noches en ese hotel de cuatro estrellas que, por aquel entonces, ya comenzaba a tener cierto aire decadente.

Laura y yo conocimos juntos la Mezquita Azul, el palacio Topkapi y el Gran Bazar. La última noche subimos a la Torre Gálata y, con el pelo despeinado por la brisa, Laura me cogió la mano y me besó suave. Cerré los ojos y me creí eterno, invencible, *el elegido*.

Volvimos despacio al hotel cruzando el barrio armenio que tanto nos habían aconsejado evitar todos los guías locales. El olor era fuerte, a especias, miseria y humedad. A lo lejos se oía llorar a los gatos, o quizá a los bebés desprotegidos y desnudos.

Laura se duchó antes de hacer por primera vez el amor y yo después, entre sueños y proyectos apresurados.

Al volver a Madrid, Laura había recibido un montón de llamadas y cartas de aquel «señor mayor» al que yo tanto aborrecía. Le juraba, una vez más, amor eterno si volvía con él.

Laura dudó, lloró, desapareció durante unos días y me escribió una carta que aún guardo en casa. Estaba escrita con sus letras redondeadas e infantiles y con las «ges» infladas de pasión. En la carta me explicaba que se iba con él, lejos de Madrid, para siempre. Esperaba que lo entendiera algún día y me pedía que fuera feliz, que arriesgara, que nunca dejara de luchar y perseguir mis sueños. Ya ves, aquella carta parecía un libro de autoayuda, aunque para mí

supuso el inicio del mayor agujero en el que he estado en toda mi vida.

Pensaba que la odiaba con toda el alma, pero supe que no era así cuando unos días después me enteré de que ambos habían muerto en accidente de tráfico camino de Marbella. La imaginé llorando, con los pelos desordenados como en la torre Gálata, llamándome y pidiendo que la rescatase de entre los hierros del coche.

En algún momento del relato, Natalia soltó la mano de Xurxo y comenzó a llorar silenciosa, sin que él se diera cuenta. Recordó a su hermana Laura con los pelos despeinados y recuperó de su memoria aquella historia que le había contado pocos días antes de morir sobre un compañero de clase.

Sin darse cuenta, estaban ahora en medio del fuego cruzado entre los rebeldes que se habían levantado en armas contra Erdogan y las fuerzas leales justo esa noche de julio. Ni los petardos ni los gritos de los mercaderes eran lo que parecían ser solo cinco minutos atrás, cuando el mundo era, para Natalia, por fin, un lugar maravilloso en el que ser feliz.

De repente, él cayó al suelo. Una bala le había alcanzado el pecho. Natalia gritó y intentó incorporarle, pero Xurxo ya agonizaba:

—Laura, pequeña, hoy es luna llena.